

# CHARLAS FEMENINAS



POR

ISABEL MOREL



## Cartas...

Una impulsiva "Lyson" me dice:

"No podemos celebrar que Ud. "para conquistarse el aprecio masculino", trate de desacreditar a las mujeres. ¿Cree que es muy fácil dirigir la casa, como si fuera una oficina? ¿Y se está figurando tal vez que todos los maridos son unos santísimos santos de palo? No, señora. Hay algunos que no se los desearia yo a mi peor enemigo. Y estos señores se permiten llegar a la casa como unos déspotas, encontrando todo malo y pidiendo mucho más comodidades que las marcadas por el presupuesto... Y de todas las escaseses le echan la culpa a la mujer... ¡Claro, pues! ¡Si la mujer siempre es el pato de la boda! Aunque una trabaje como un peón, sin salir ni a la ventana, sin ver nunca una película, sin descansar jamás de los "odios" con que "el hombre ideal" la colma injustamente, siempre es "una nulidad, una infeliz, una pobre ave". Y si se trata de algún convite a almorzar o a comer, al que concurren "sus amigos" y no las amigas de la mujer,—la dueña de casa no puede despegar los labios, ni opinar, ni reír, "¡ni nada!" Si una habla, dejándose llevar por la conversación, el dichoso maridito, delante de todas, la trata de "infeliz"...

—Cállate mejor, Lyson; tú no sabes de estas cosas.

¡Cuántas veces me ha quemado la cara la indignación que me produce esta conducta! Me humilla porque no soy una erudita... de pega, como él. ¿Comprende Ud.?

Haga Ud. patria con hombres como éstos, que ni siquiera conocen de vista la delicadeza.

¿Comprende, ahora, Isabel, que es el marido el culpable de que la mujer pierda todas sus ilusiones?

Si delante de la gente no tiene reparo en burlarse de una, es porque ya no siente "absolutamente" estimación por la dignidad de su mujer. ¿No le parece a Ud.?

Y sin embargo, el ¡muy bellaco! me lloró a mares para que consintiera en casarme con él.

Yo no quería. Me lo avisaba un presentimiento. Pero algo me vendaba los ojos. ¡Cómo no me fijé, Dios mío, que un hombre que llora lleva tres cuartos de cocodrilo en el corazón!

Sí, señora. Así es.

Pero, le digo la verdad, lo que me consuela es el papelón que él hace ante sus amigos: ¡haberse casado con una tonta, habiendo tantísimas inteligentes en el mundo!

Se va al club, por supuesto, a charlar con sus grandes talentos que se atiborran de whisky and soda antes de la comida...

Llega... a medio filo... cayéndose no... pero... así... muy sospechoso... Y con un tufo... ¡ay Dios!

—¡Lyson! Aquí no están ¡mis zapatillas... ni mi pijama...

—¿Te vas a acostar antes de la comida?

—Ah, cierto que "falta" la comida...

Y si me río hay "gresca". Y si me enojo... también.

Ah, Isabel, ¿no cree usted que esto que le cuento es también "generalidad?" Figúrese usted qué vida ésta, al lado de un hombre a quien una "quisiera" odiar. Un hombre atroz. Plagado de defectos... A veces pienso que si no tuviera los ojos que tiene... Le diré, son unos ojos bien raros. No parecen lindos, pero cuando me miran y hace un buen tiempo en la casa... ¡son maravillosos! Es por eso que soporto tanto. Únicamente por eso. Que si no...

En fin, Isabel, quise desahogarme en usted porque

algunas veces me inspira mucho cariño. Cuando habla mal de los famosos hombres...

*Affma.—Lyson.*“

No comentemos. Esta cartita no lo necesita.

Además, aquí hay otra.

“Amiga Isabel:

Me ha parecido muy bien su idea de poner cuidado sumo en la distribución del tiempo. Personalmente he de intentar un proyecto de reorganización dentro de la casa, porque le tengo que confesar que la labor doméstica suele no darme tiempo para otras cosas útiles. Hay días enteros que pierdo, porque a la lavandera se le ocurre no venir.

Otras veces la empleada no alcanzaba a hacer las cosas en la mañana, porque se levantaba tarde. Pero ahora le he aplicado despertador; y yo, en vez de levantarme a las 12, lo hago a las 10. ¿Siempre es muy tarde? Es que estoy empezando poco a poco, para que no se me agote el impulso...

En fin, creo que de este “dinamismo” entusiasta voy a lograr algunas mejoras apreciables para mi vida. Le agradezco sus insinuaciones, que, aunque no eran para mí sola, “han tocado mi granito de arena”. Y como usted dice bien, entusiasma cooperar a la obra de perfeccionamiento nacional con nuestro pequeño esfuerzo desconocido.

La saluda con especial simpatía su más asidua lectora,

*Ana Corina.*“

Es chistoso. Lyson se figura que “quiero conquistar-me la opinión masculina” defendiendo los intereses de los hombres. Y sin embargo “ellos” suelen sentirse calumniados por mí, cuando “ellas” afirman que estoy barajando verdades absolutas...

-- Estoy perpleja... ¿De qué modo decir las cosas en justicia?

Y una voz algo socarrona—la voz de alguien que mira lo que escribo—me dice:

—No te metas en lo ajeno...

—¿Lo ajeno? replico indignada. ¡El pecado original no es ajeno a nadie! Es por eso que se extiende por el mundo sin distinción de sexo. Es de todos y en todos está.

La risita satánica me hería el oído.

—Cualquiera diría, Isabel, que eso la envanece...

—Envanecerme, no... Pero eso me asegura el "handicap" para la carrera hacia la perfección.

